

Manifiesto Celebración del NO

3 de octubre de 2018

Queremos agradecerles por acompañarnos esta mañana en el Congreso Nacional para recordar la gesta política, social y cultural más importante de la historia reciente de nuestro país.

El 5 de octubre de 1988 culminó un proceso en que la unidad política y social del pueblo de Chile permitió terminar con una de las etapas más trágicas de nuestra historia. Una etapa en que la muerte y la persecución de chilenos por chilenos, sustentada sólo en el pensar distinto, se hizo presente en cada rincón del país. La dictadura cívico militar de Pinochet hizo del miedo el mecanismo de control de la sociedad; la muerte, el exilio y la tortura fueron las herramientas con las que se pretendió conculcar las libertades y los derechos más básicos de las personas.

Antes ya dos plebiscitos, falsos eventos de participación, sin registros electorales ni mecanismo alguno de control, habían sido utilizados por el dictador para intentar dar legitimidad a su régimen. El plebiscito de 1988 era el intento final para concluir esta pretensión. El triunfo del SI significaba la continuación automática por 8 años más del dictador, con una constitución hecha por él y para él.

Este plebiscito, al igual que los anteriores, no lo hicieron para perderlo ni para entregar el poder, como ingenuamente pretenden hacer creer sus seguidores, intentando justificar el respaldo irrestricto de toda la derecha al SI y al Dictador. Este plebiscito fue hecho para consolidar la dictadura, con una tenue cobertura democrática.

La derrota no estaba en sus planes. Por lo mismo la decisión de participar en el plebiscito no fue fácil, no había registro de dictadores derrotados bajo sus términos.

Mientras fuera del país los movimientos de solidaridad con Chile se multiplicaban y cada día más países condenaban al dictador, en nuestro país el cansancio y el ahogo, la indignación del atropello permanente, las muertes, las desapariciones, las torturas y los abusos, iban construyendo en el pueblo el espíritu de la libertad.

Un punto de inflexión fueron las protestas de 1983. Tras el llamado de la Confederación de trabajadores del cobre, estudiantes y trabajadores iniciaron un proceso de movilización social como Chile no había visto en toda la dictadura. La respuesta del régimen fue más violencia. Ya no solo la policía reprimía las manifestaciones, también los militares fueron llamados a reprimir a su pueblo. El ministro del interior de la época, un civil, ordenó salir a la calle a más de tres

milefectivos para acabar con el movimiento. Equivocadamente, la dictadura pensó que el miedo era suficiente para acallar las demandas de libertad.

Pero ya era tarde para la dictadura. El pueblo ya no tenía miedo, la semilla de la libertad comenzaba a crecer y la organización del pueblo se iba abriendo paso por todo el país. Organizaciones sociales de todo tipo se comenzaban a rearticular, la CONFECH, la FESES, organizaciones territoriales, sindicatos y federaciones de trabajadores.

Los partidos políticos de la oposición, clandestinamente primero y públicamente después iban forjando lazos de unidad que permitieron dar conducción a los distintos movimientos. La Asamblea de la civilidad y el comando por las elecciones libres dieron los primeros e indispensables pasos. La Comisión Chilena de Derechos Humanos y las iglesias lograban ser un importante muro a la represión.

El triunfo del NO en el Plebiscito era una aventura casi contra natura. Requería una organización y unidad de muy amplios sectores que nunca antes se había logrado. En una época en que los medios de comunicación se encontraban absolutamente controlados, sin redes sociales y con la represión por parte del estado como instrumento de control político.

Así la oposición logró implementar un sistema de cómputo rápido y paralelo al oficial. Cientos de miles de apoderados vigilaron el proceso de votación y escrutinio en cada una de las mesas de cada una de las comunas del país. Al mismo tiempo los enlaces, casi todos escolares que no alcanzaban y no podían votar recogían esta información desde el horario de constitución de la mesa hasta su resultado, y se trasladaban como podían a los lugares designados para ir reuniendo la información que muy probablemente la dictadura y sus voceros intentarían torcer.

La tentación de la dictadura por no reconocer el triunfo del NO estuvo siempre presente. La demora en entregar los resultados y las balbuceantes palabras del subsecretario del interior de la época al ir dando los resultados parciales son claros al respecto.

Haber hecho un plebiscito y perderlo era una paradoja que les costaba aceptar. Pero ya era tarde. La movilización del pueblo chileno y la solidaridad internacional ya no hacían posible un fraude. Recién pasada la 01 de la mañana del 6 de octubre el resultado comenzaba a ser asumido con la declaración del General Matthei.

La confirmación del triunfo y la aceptación del resultado por parte de la dictadura cambiaron definitivamente el estado anímico del país. Lo que vendría después tendrá por cierto diversos juicios.

Queremos simplemente decir que nada vale más que la libertad. No hablamos de la libertad del mercado a la que tontamente algunos reducen la vida de las personas. Hablamos de la libertad con mayúscula; aquella que nos permite reconocernos como iguales y al mismo tiempo distintos, que nos permite pensar y decir lo que creemos; reunirnos con otros y organizarnos para luchar por lo que creemos justo, sin ser perseguidos, torturados, desaparecidos o asesinados.

Esa libertad es la que permitió recuperar la gesta del 5 de octubre de 1988. De ahí en adelante Chile puede volver a decidir por sí mismo su destino.

En pleno siglo XXI, cuando parece que esta libertad y la democracia son cuestiones dadas, bien vale la pena recordar que debemos cultivar día a día una forma de relación fundada en el respeto a cada una de las personas, pues solo de esa manera es posible ir profundizando la democracia.

Nuevos populismos, nacionalismos y autoritarismos están floreciendo. Respuestas fáciles cuando la democracia falla a los problemas de la sociedad actual. Esos mismos populismos que tratan de borrar la memoria, relativizando la historia, intentando empatarla o justificando lo que nadie puede justificar.

Por eso hoy, unidos en la memoria y en los desafíos de este nuevo tiempo, queremos reafirmar con la misma fuerza que hace 30 años.

Nunca más en Chile, el Estado puede perseguir a sus propios compatriotas por pensar distinto.

Chile requiere superar definitivamente la pobreza y la desigualdad.

Chile necesita una nueva constitución legítima y democrática.

Estos imperativos éticos solo pueden lograrse con la unidad de las grandes mayorías sociales y políticas. Las mismas mayorías que permitieron la derrota de la dictadura.